

EL DIECINUEVE

- 5 - Capitán Farías?
- Sí.
- ¿No se acuerda de mí?
- Francamente no.
- ¿No le dice nada el número 19?
- ¿Diecinueve?
- 10 - El preso 19
- Ah.
- ¿Recuerda ahora?
- Eran tantos.
- No siempre. En el avión éramos pocos.
- 15 - Pero usted...
- ¿Estoy oficialmente muerto?
- No dije eso.
- Pero lo piensa. Para su información le diré que no soy un espectro. Como puede comprobarlo, estoy vivo.
- 20 - No entiendo nada.
- Sí, es difícil de entender. Y sepa que no le voy a contar cómo sobreviví. Parece imposible ¿verdad? Ustedes trabajaban a consciencia y con todas las garantías. Pero un vuelo es un vuelo y el mar es el mar. En el mundo hay varios mares, pero en el mar hay varios mundos.
- 25 - No me venga con disparates. Eso no puede ser.
- Sí que puede.
- ¿A qué vino? ¿Qué quiere?
- 30 Farías estaba recostado en el cerco de su jardincito. El 19 estaba de pie, apenas a un metro de distancia.
- Nada en especial. Sólo quería que me viera. Pensé: de pronto le quito un peso de la conciencia. Un muerto menos, ¿qué le parece? Aunque deben de quedarle algunos otros que aún no contrajeron el vicio de resucitar.
- 35 - ¿Es dinero lo que pretende?
- No, no es dinero.
- Entonces ¿qué?
- 40 - Conocer a su familia. Por ejemplo a su señora, que justamente es de Tucumán, como yo. Y también a los chicos.
- Eso nunca.
- ¿Por qué no? No voy a contarles nada.
- 45 - Oiga, no me fuerce a asumir una actitud violenta. Ni a usted ni a mí nos haría bien.
- ¿A mí por qué? Nada hay más violento que ingresar al mar como ingresé.
- Le digo que no me obligue.
- 50 - Nadie le obliga. Eso que hizo antes, hace ya tantos años, ¿fue por obligación, por disciplina o adhesión espontánea?
- No tengo que dar explicaciones. Ni a usted ni a nadie.
- Personalmente no las necesito. Lo hizo por una razón no tan extraña: no tuvo cojones para negarse.
- 55 - Qué fácil es decirlo cuando los cojones son de otro.
- Vaya, vaya. Una buena frase. Lo reconozco.
- El otro aflojó un poco. Se le notó sobre todo en la tensión del cuello.
- 60 - ¿No me va a hacer entrar en su hogar dulce hogar? Ya le dije que a los suyos no les contaré "lo nuestro", y yo suelo cumplir lo que prometo.
- Por primera vez, Farías lo miró con cierta alarma. Algo vio en los ojos del 19.
- 65 - Bueno, venga.

- Así me gusta. No se me oculta que este gesto suyo incluye algo de coraje.
- De pronto, el 19 se encontró en un living, sencillo, arreglado con modestia pero también con mal gusto.
- 70 Farías llamó: "¡Elvira!" Y Elvira apareció. Una mujer con cierto atractivo, todavía joven.
- Este amigo –dijo Farías más o menos atragantado – es coterráneo tuyo.
- ¿Ah sí? – la mirada de la mujer se alegró un poco – ¿Es de Tucumán?
- 75 - Sí, señora.
- ¿Y de dónde se conocen?
- Bueno – dijo Farías –, hace mucho que no nos veíamos.
- 80 - Sí, unos cuantos años –dijo el 19.
Hablaron un rato de bueyes perdidos y encontrados. Entraron los niños. El 19 repartió besos, les hizo las preguntas rituales.
- ¿Usted está casado? – preguntó ella.
- 85 - Viudo.
- Caramba, lo siento.
- Hace cinco años que falleció mi mujer. Se ahogó.
- ¡Qué terrible! ¿En la playa?
- 90 - Cerca de una playa.
Siguió un silencio helado. Farías encontró una salida.
- ¡Vamos, chicos! A hacer los deberes, que ya es tarde.
- Y usted ¿vive solo? – preguntó Elvira.
- 95 - Sí, claro.
No le preguntó si tenía hijos, temiendo que también se hubieran muerto.
Con un movimiento casi mecánico, sólo por hacer algo, el 19 se sacudió con la mano los bajos del pantalón.
- 100 - Bueno, no quiero molestarlos. Además, tengo que estar en Plaza Italia a las siete.
Cuando el 19 apretó la mano de Elvira, tuvo una sensación extraña. Entonces ella se acercó más y lo besó en la mejilla.
- 105 - Siento mucho lo de su esposa.
- ¡Vamos! – dijo Farías a punto de estallar.
- Sí, vamos – apoyó con calma el 19.
- El dueño de la casa lo acompañó hasta la verja. Allí miró fijamente al 19 y, de pronto, sin que nada lo hubiera anunciado, rompió a llorar. Era un llanto incontenible, convulsivo. El 19 no sabía qué hacer. Ese diluvio no figuraba en su programa.
- 110 De pronto, el llanto cesó bruscamente, y Farías dijo, casi a gritos, tuteándolo:
- ¡Sos un fantasma! ¡Un fantasma! ¡Esos es lo que sos!
- 115 El 19 sonrió, comprensivo, dispuesto a hacer concesiones. Y también se incorporó al tuteo.
- Por supuesto, muchacho. Soy un fantasma. Al fin me has convencido. Ahora límpiame los mocos y anda a llorar en el hombro de tu mujercita. Pero a ella no le digas que soy un fantasma, porque no te lo va a creer.
- 120
- 125

Mario Benedetti, *El buzón del tiempo*, 1999